

La esperanza es audaz

De las obras musicales del Barroco, particularmente conmueve el concierto que Arcangelo Corelli compuso para la noche de Navidad (Concerto Grosso Op. 6 N°8 “fatto per la notte di Natale”). La obra inicia con un imponente *vivace grave* que representa según los entendidos la crucifixión de Jesucristo. El compositor deja para el final del concierto, el bellísimo movimiento *pastoral* que, según los mismos entendidos, representa la Natividad. Es decir que, para Corelli, su homenaje a la Navidad comienza con lo más difícil de la vida de Jesucristo en la tierra: su entrega, su sacrificio.

Este enfoque nos invita a reflexionar qué es realmente lo que, como cristianos, como creyentes, estamos celebrando en esta fecha, de manera especial en este 2020 que ha sido un año tan difícil para muchos y de enseñanzas para todos.

La pandemia por el COVID-19 nos dejó en evidencia lo frágil de la vida humana, la imposibilidad de la previsión y el control de las circunstancias, nos colocó frente al miedo, nos llevó a encerrarnos en nuestros hogares, disminuir casi a cero la actividad, abandonar nuestras rutinas, nos hizo sentirnos a todos vulnerables, pequeños, indefensos. Podríamos –y resultaría aceptado por muchos– quedarnos en este análisis aciago, pero sería insuficiente e impreciso, porque esta misma pandemia nos puso cara a cara con la vida, nos mostró lo mejor de la especie humana, la capacidad de dar la vida por el otro, la voluntad del servicio amoroso, la disposición concreta de tanta gente a actuar con solidaridad. La pandemia también significó y dejó en evidencia las muestras más sublimes de la Caridad. Ya lo enseñaba San Agustín de Hipona: “Dios prefiere sacar bien del mal, mejor que no permitir mal alguno”. Y es que justamente la esperanza como virtud consiste en ello, en esa plena confianza en la Voluntad Divina.

De un panorama sombrío, ante unas circunstancias que lucían tan adversas, el ser humano ha sabido levantarse y continuar adelante con esperanza.

Nos dice S.S. Francisco en la encíclica *Hermanos Todos*: “La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes

ideales que hacen la vida más bella y digna". Y así nos lleva a comprender que en esa dupla *esperanza-audacia* estriba la clave para la vida de todos nosotros, pues no se trata solo de confiar en la voluntad de Dios, sino además creer en nuestras propias capacidades para emprender acciones poco comunes, por difíciles o riesgosas que resulten.

Esa audacia esperanzada cobra capital relevancia en nuestra realidad nacional.

La dura situación económica en una Venezuela agobiada por la incapacidad de producir, la dramática realidad del hambre en tantos compatriotas que no tienen cómo poder atender las necesidades básicas imprescindibles para alimentar a sus familias, la emigración y la separación de las familias como respuesta a la imperiosa búsqueda fuera del país de recursos y oportunidades que la gente no consigue en su patria. La desgastante e indignante actitud del liderazgo político nacional en su empeño de mantenerse en luchas épicas disparatadas, de espaldas a los problemas cotidianos de la población y ante un país que pareciera irse apagando. El desprecio de las autoridades por el respeto y la sumisión al Estado de derecho con todo lo que ello supone: la vulneración de los derechos humanos, la ausencia de institucionalidad, el atropello ciudadano.

En fin, los venezolanos cerramos un año difícil a nivel mundial, en un país que atraviesa una crisis especial y particularmente compleja. Pero es justo ante este triste espectáculo del desaliento, donde —aunque parezca que todo está perdido— aparece y se yergue la esperanza.

Hoy, en el último número de la revista *SIC* por este año, queremos darles a nuestros lectores, en particular, y a todo el país, en general, un mensaje de esperanza (*de esperanza audaz*) y para ello nos basamos en esta bonita experiencia reciente mediante la cual podemos evidenciar cuán inesperada y precisa es la acción de la Providencia, en esos momentos donde pareciera reinar el desánimo.

Los venezolanos en la mitad de este cariacontecido 2020, recibimos con sorpresiva e inmensa alegría la noticia de la pronta beatificación del Dr. José Gregorio Hernández. Esta buena nueva no solo es un mensaje poderoso por lo que representa para la feligresía, sino también por

el ejemplo de vida ejemplar que significa para todos los hombres y mujeres de buena voluntad. El Dr. José Gregorio Hernández nos ofrece un camino claro y concreto de acción, de encuentro, entrega y compromiso con el país, con la gente y con la Fe. Es decir, un camino de esperanza y de audacia.

Entendido así, resulta más que claro que los católicos tenemos un especial llamado ante la situación del país hoy. Sabemos todos (¡y vaya que lo sabemos!) que no es un camino sencillo, y es que no puede serlo, porque la crisis que vivimos no es sencilla. Pero, además, porque como bien lo plantea Corelli en su *concerto grosso* de Navidad, lo más hermoso de la venida de Jesús es su entrega, su sacrificio... y nosotros estamos llamados a ello.

Venezuela demanda, exige y requiere hoy venezolanos audaces y llenos de esperanza que vivan por el país. Lo decimos de nuevo, que vivan (no que mueran) por el país.

2020 antes de terminarse, nos trae un reto especial: el reto de recomponer la esperanza. Con acciones concretas, serias, decididas, audaces, responsables, solidarias y, por supuesto, llenas de alegría.

Al hablar de esperanza, es clásica la imagen de una flor brotando tímidamente entre lo hostil, lo desértico, lo árido. En el caso de nuestra foto portada, la creativa fotógrafa venezolana Karina Aguirrezabal captura una imagen parecida. Un fondo oscuro que representa lo lóbrego y sombrío del entorno; una amenazante maraña de espinas en una planta (acertadamente llamada *Corona de Cristo*) que muestra las dificultades y adversidades, y en el medio se abre paso una espectacular flor roja en toda su colorida estampa y belleza, como el símbolo de la esperanza.

Esta flor entre espinas, sabe que está entre espinas, pero sabe que es flor.

A los venezolanos de buena voluntad, hoy nos toca abrírnos paso entre espinas para dar todo lo que nos corresponde dar y hacer todo lo que nos corresponde hacer, como venezolanos de buena voluntad que somos.

Estimados lectores, para todos ustedes: ¡Feliz Navidad!

Nos leemos pronto.